

La "sustancia mitológica" del Ateneo de la Juventud

LEONARDO MARTÍNEZ CARRIZALES

Los escritores asociados habitualmente al nombre del Ateneo de la Juventud¹ ocupan un lugar protagónico en el canon que ha organizado, sancionado y socializado los valores literarios de México en el siglo XX, desde hace varios años. Me refiero a las líneas básicas de un relato historiográfico que no sólo cumple con las tareas correspondientes al establecimiento de un padrón de autores y un catálogo de obras, sino que también confiere a la obra literaria un lugar en el panorama de una cultura determinada y, con ello, un lugar en el conjunto de las actitudes políticas, las ideas estéticas y las instituciones propias de dicha cultura. Una vez que dicho relato *sitúa* a la obra literaria, quedan establecidas las condiciones del mecanismo evolutivo en que esta última ha de comprenderse, estudiarse y preservarse para efectos de su divulgación. En adelante, la obra no será más un objeto ante sí mismo, sino ante otros objetos culturales. Un objeto cuya descripción y cuya valoración se cumplen al lado de la valoración y la descripción de otros objetos culturales.

Al mencionar el relato historiográfico en el cual el Ateneo de la Juventud ha cobrado un sitio prominente, hablamos de un relato que, en el momento en que se gesta y articula coherentemente, consume las tareas que supone el trazo de un panorama histórico de la literatura, a las que podríamos

aludir con esta frase: la determinación de la sustancia histórica de la obra literaria; dicho de otro modo, la determinación de sus valores históricos. Se dirá que esta clase de relato historiográfico se registra sólo por excepción, habida cuenta del refinamiento y el número de los problemas intelectuales que lleva aparejados el establecimiento de su nómina, objeción a la que conviene responder que no hay relato historiográfico que no suponga la postulación y la solución de este tipo de problemas, ya sea implícita, ya sea explícitamente.

La sola idea de organizar el patrimonio literario de una comunidad nacional, regional o lingüística en un panorama histórico implica el emplazamiento de la obra literaria y del autor ante hechos institucionales e ideológicos. En el primero de los casos, me refiero a la relación de la obra con las instituciones creadas para alentar su producción y garantizar su divulgación, como los cenáculos académicos, los claustros universitarios, la prensa, los premios, el mercado editorial... En el segundo, la relación debe plantearse con las ideas políticas, las ideas estéticas, los géneros, las prácticas vigentes de la escritura... En última instancia, y llevando los hechos quizá un poco lejos, la historia literaria es una actividad que se ocupa menos de la composición de una obra que del medio ambiente que la rodea.

Tal como la practicamos actualmente, la historia literaria preserva los rasgos esenciales que le confirieron las dos edades históricas en que se la practicó hasta el grado de hacerla madurar entre los frutos de la cultura moderna: el siglo XVIII y el XIX. La historia literaria es enciclopédica y es romántica. Gracias a su primer ancestro, es acumulativa, ejemplar y preceptiva; por el segundo es cívica, nacional, republicana y patriótica. Por ambas partes es canónica y tradi-

¹ El Ateneo de la Juventud fue fundado el 28 de octubre de 1909, al conferírle el estatuto de asociación civil a la Sociedad de Conferencias, en cuyo nombre las personalidades a las cuales nos referimos en este artículo organizaron dos ciclos de conferencias en 1907 y 1908. En 1911, por iniciativa de quien entonces fuera su presidente, José Vasconcelos, el Ateneo cambió de apellido: Ateneo de México. En cualquier caso, se trata de los mismos nombres. La costumbre ha impuesto la denominación de Ateneo de la Juventud a algo más que un grupo y una asociación civil: a toda una generación. A esa convención me ciño en estas páginas.

cional: una galería de nombres y títulos notables, organizados de acuerdo con una sucesión coherente.

Nuestro país no ha sido la excepción en lo que se refiere a esta actividad. En cuanto al siglo XX, que es lo que interesa en estas páginas, el canon y la tradición literarios han terminado por imponerse sin desacuerdos notables en la conciencia de tirios y troyanos en el campo de la enseñanza, la crítica y el estudio de la literatura. En sus respectivos trabajos, personalidades como Carlos González Peña, Julio Jiménez Rueda, Francisco Monterde, José Luis Martínez y Emmanuel Carballo han celebrado un acuerdo básico en lo que se refiere al índice normativo de la literatura mexicana de la primera mitad de este siglo. Un acuerdo que radica menos en la identidad de ciertos escritores y en el título de ciertas obras, que en la actitud acumulativa, normativa, cívica y nacional con la cual entendieron la obra literaria.

El Ateneo de la Juventud es la puerta de acceso al canon, la portada del edificio de la tradición —en la medida en que atribuyamos a este vocablo las obligaciones de un repertorio de escritores y de libros conocidos por todos, reconocidos por todos— de la literatura mexicana del siglo XX. El acuerdo casi universal que entre nosotros ha celebrado y consagrado la fama pública del Ateneo de la Juventud descansa en operaciones críticas de índole extraestética y, casi diríamos, extraliterarias, si hoy no aceptásemos como literarios el conjunto de valores sociales, históricos, psicológicos, etcétera, que intervienen en la obra. He aquí un hecho en el que conviene detenerse por dos razones: por la magnitud del acuerdo y por la índole extraestética de su materia. Quiero decir, por el partido casi absoluto de los valedores del Ateneo; un pequeño ejército de críticos, periodistas, historiadores, investigadores y escritores empeñados en levantar un monumento fastuoso a la memoria de los ateneístas en nuestro panteón literario; y por la indiferencia que casi todos ellos han demostrado ante la índole estrictamente estética de la obra de estos patricios.

Entre los estudiosos que se han propuesto establecer un panorama de los acontecimientos culturales del siglo XX en México, y que han incluido a los miembros del Ateneo de la Juventud en sus empeños, quiero destacar a José Luis Martínez, autor de un célebre manual de historia literaria, y a Luis Villoro, que incurrió en la práctica de esos esbozos breves y generales, apretados y esquemáticos, que periódicamente aparecen entre nosotros con el propósito de aventurar claves y coordenadas de nuestro quehacer cultural.² Un es-

² José Luis Martínez, *Literatura mexicana, siglo XX, 1910-1949*, 1990. Luis Villoro, "La cultura mexicana de 1910 a 1960", en *En México, entre libros. Pensadores del siglo XX*, 1995.

bozo trazado hace varios años, en 1960, y ratificado hace poco tiempo, sin mover de su lugar una sola coma.

En uno, nos será familiar el esfuerzo que los historiadores de nuestra literatura invierten en su tarea continuamente; en el otro, nos parecerá cercana la voluntad crítica e interpretativa de los intelectuales que al asomarse por las ventanas de la literatura esperan ver el horizonte completo de la cultura. En todo caso, se trata de claros ejemplos que ponen de manifiesto dos actividades complementarias que, desde sus campos respectivos, hacen evidente el complicado sustrato que comporta todo relato historiográfico. Las páginas de Martínez y Villoro tratan de formular un relato de la cultura mexicana, una versión organizada de los hechos, la hipótesis de un proceso. El sustrato en el que toman asiento es el mismo.

En el fondo de estos documentos hay preguntas comunes. La primera de todas ellas interroga el curso de una cultura y a sus protagonistas sobre la pertinencia de una periodización y los criterios de las etapas de la misma. Con ella, vienen aparejadas algunas dudas respecto a que sea posible hallar una identidad común entre los escritores de un periodo, sus influencias, las tradiciones que acatan y que rechazan... Aquí me interesa otro grupo de preguntas, aquel que implícita o explícitamente sugiere modos y modelos para explicar la relación de la obra artística con su tiempo y con su sociedad. El arte, la historia y la política, por mencionar provisionalmente con tres palabras un problema de estudio muy complejo, un problema que adquiere importancia en casos parecidos a los del Ateneo de la Juventud, en los cuales se cumple una coincidencia que no pocos, la mayoría, quieren explicar como una consecuencia: la que se deriva de la reunión en el tiempo y en el espacio de un grupo de escritores notables y un percance social de enormes consecuencias para la vida política de una comunidad. Digamos por adelantado que, aunque estas páginas no comparten la opinión de quienes explican la coincidencia de dos hechos de índole tan distinta como la consecuencia necesaria de un proceso, no es posible ignorar que semejante opinión es portadora de los valores históricos y culturales que han hecho madurar a la historia literaria y le han conferido un lugar importante entre las construcciones ideológicas de la Edad Moderna.

Las opiniones de José Luis Martínez y Luis Villoro coinciden en que el proceso de la cultura mexicana en el siglo XX se inició al mismo tiempo que la edad de la centuria, y en que ese comienzo tuvo como denominador común a la Revolución de 1910. Más que una tesis sobre los vínculos entre

literatura y sociedad, se trata de un criterio pragmático y operativo que ampara sus juicios literarios en la cómoda evidencia del almanaque.

Martínez opta por una asociación directa entre los hechos de la sociedad y los de la cultura literaria; estrategia que el tiempo ha recluso en la modesta utilidad del manual.

“Así como la época del modernismo se sustentó en el hecho político y social del gobierno de Porfirio Díaz, el periodo contemporáneo de nuestra literatura nace y se apoya en la realidad de otro acontecimiento histórico, la Revolución mexicana.”³

Luego de este principio general, viene la descripción sumaria: fechas, títulos, nombres y resúmenes concisos de los contenidos de las obras. En este paisaje de gran amplitud, el Ateneo figura en un esquina representado por los hombres de letras que cumplieron con las tareas de la revolución cultural, al lado de quienes llevaron a cabo la política. Para completar la imagen, es necesario añadir que a tales próceres se les confiere la responsabilidad de haber dado el primer aliento a nuestra cultura contemporánea.⁴

Villoro no anda muy lejos de esta situación. Luego de afirmar que el porfiriato llegó a ser una sociedad *opresora y enajenante* lo mismo en las cuestiones políticas que en las culturales, escribió lo que sigue:

No, la transformación intelectual no anticipa la social. Tampoco la sigue; las primeras inquietudes intelectuales son simultáneas a los brotes de rebeldía popular. Se trata de dos procesos paralelos y simétricos de liberación. El movimiento cultural refleja el social, en el plano del espíritu; el movimiento social vuelve concreto el cultural, en la realidad.⁵

La correspondencia que propone Luis Villoro entre “el plano del espíritu” y “la realidad” no hace sino insistir en la proposición de Martínez a la luz de una relación postulada por un materialismo dialéctico diluido, prudente, que ya no se atreve a proclamar la subordinación de los aspectos culturales de una sociedad a los económicos, pero que sigue distinguiéndolos como un par de bloques perfectamente definidos.

Quizá Villoro acentúe los colores de la cuestión social y, con ello, abra el paso a una meditación que José Luis Martínez no se propuso: que estudia la relación entre los episodios de nuestra cultura y los políticos y los sociales. No

debo sino añadir que para Villoro el Ateneo desempeñó el papel de una falange cuyo cometido fue la liberación y la renovación de la cultura de México.⁶

Villoro y Martínez no son los únicos que expedieron un certificado de identidad revolucionaria a los ateneístas. En realidad, ambos no hicieron otra cosa que incurrir en una actitud generalizada en quienes se han ocupado del mismo tema. Actitud alimentada por los documentos que los ateneístas dejaron tras de sí luego de haber explicado su identidad y su comportamiento públicos. Podemos citar a Juan Hernández Luna en apoyo de esta afirmación: “Ante los ojos de sus propios fundadores, el Ateneo de la Juventud aparece como un acontecimiento verdaderamente nuevo en la cultura del país. Lo forma una generación que se define a sí misma con perfiles propios.”⁷ Al acatar las no pocas comparencias de *una generación que se define a sí misma*, los estudiosos del ateneísmo han seguido las líneas básicas del discurso que en su tiempo no sólo resolvió el problema de la nómina generacional y la descripción de sus integrantes, sino también propició una versión satisfactoria de la relación entre literatura, historia y sociedad en lo que se refiere al Ateneo de la Juventud, y de acuerdo con las condiciones normativas, cívicas y nacionales que el discurso historiográfico demanda.

El ya citado Hernández Luna, tan diligente en la recopilación de las palabras de los ateneístas sobre sí mismos, llegó a la siguiente conclusión:

El Ateneo de la Juventud ... representa un recodo en la historia de las ideas en México. No tiene los perfiles de las instituciones del coloniaje, ni las características de las agrupaciones del porfiriato. Es el primer centro libre de cultura que nace entre el ocaso de la dictadura porfirista y el amanecer de la revolución del 20 de noviembre. Tiene, por tanto, fisonomía propia: es el asilo de una nueva era de pensamiento en México.⁸

José Rojas Garcidueñas, otro de los distinguidos estudiosos del Ateneo, convencido de que los actos públicos organizados por sus miembros sólo pueden comprenderse como

³ José Luis Martínez, *op. cit.*, p. 17.

⁴ *Ibid.*, p. 18.

⁵ Luis Villoro, *op. cit.*, pp. 12 y 13.

⁶ *Ibid.*, pp. 19 y 20. En un artículo que pretendió resumir en su tiempo el estado de las pesquisas sobre el Ateneo, Álvaro Matute tuvo una perspectiva similar a la de nuestros autores ya citados: “La historia intelectual del siglo xx en México tiene su capítulo inicial en materia literaria y filosófica en un grupo conocido como El Ateneo de la Juventud...” “El Ateneo de la Juventud: grupo, asociación civil, generación”, en *La Revolución mexicana. Actores, escenarios y acciones*, p. 53.

⁷ *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, recopilación y prólogo de Juan Hernández Luna, p. 15.

⁸ *Ibid.*, pp. 14 y 15.

parte de los prolegómenos de la transformación que el país sufriría luego de 1910, afirmó, al final del retrato que trazó de la generación, lo que sigue:

Así, pues, es cierto que la labor de los ateneístas, en aquellos años de 1909 a 1913 o 1914, fue parte de la revolución que, en esos días, iba cundiendo no solamente por toda la extensión del suelo mexicano sino también penetrando en sus diversas instituciones políticas y sociales, hasta llegar a todas, o casi todas las formas sociales de la vida de México, que es lo que, precisamente, constituye y conforma una revolución.⁹

En un artículo que pretendió resumir en su tiempo el estado de las pesquisas sobre el Ateneo, Álvaro Matute adoptó la misma perspectiva: “La historia intelectual del siglo xx en México tiene su capítulo inicial en materia literaria y filosófica en un grupo conocido como El Ateneo de la Juventud...”¹⁰

Como ya lo sugerí, esta clase de afirmaciones lleva implícita la proposición de ciertos problemas cuya expresión podría resumirse en una sentencia: el vínculo que une al Ateneo de la Juventud con la Revolución mexicana. Por una parte, la cultura y, por otra, los grandes percances sociales; la literatura y la revolución. Además de un séquito de aspectos muy interesantes: el estado de la cultura en el antiguo régimen, la conversión política de algunos artistas, las habituales restauraciones, la literatura comprometida... En fin, la multitud de temas por los cuales la historia moderna de la literatura tiene que pasar si quiere situar el hecho literario en una perspectiva histórica, operación que hasta hace algunos años no podía cumplirse si no era a través de la asociación de los libros y los escritores con las entidades históricas por excelencia para la Edad Moderna: el Estado nacional, el régimen republicano, el espíritu y las instituciones revolucionarias. De acuerdo con este punto de vista, la revolución de las armas y los caudillos en México tiene su correlato cultural en la obra de los ateneístas. Un consorcio entre las armas y las letras en beneficio de la maquinaria de la historia: en beneficio de la historia misma.

Los documentos fundadores de la historia del Ateneo todavía aguardan una mirada que pase sobre ellos con ironía y con distancia. ¿A qué documentos me refiero? A las páginas en las que José Vasconcelos, Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, principalmente, escribieron sus versiones de protagonistas apenas unas horas después de la disolución de la

utopía ateneísta. A las comparecencias públicas de los ateneístas sobre sí mismos que el historiador Álvaro Matute quiso señalar como fuentes históricas del Ateneo de la Juventud, al ponderar su valor documental y proponer una guía previa para su lectura. Quizá fue el primero en reparar en esta condición de los documentos originarios del ateneísmo.

... hay cuatro testimonios mnemotécnicos (que tienen tanto de fuente primaria como de reconstrucción —libre— historiográfica), que resultan insuperables [para la reconstrucción histórica del Ateneo de la Juventud]: “Nosotros”, artículo de Alfonso Reyes (1914); “El movimiento intelectual contemporáneo en México” de José Vasconcelos, conferencia impartida en la Universidad San Marcos de Lima en 1916; “La Revolución y la cultura de México”, de Pedro Henríquez Ureña, texto de 1925, y, finalmente, “Pasado inmediato”, del mismo Alfonso Reyes, publicado en 1941.¹¹

Matute concluye su dictamen con esta frase: “Todo lo que se ha escrito después acude a ellos de manera invariable.” Y no le falta razón. Tal vez sólo deberíamos añadir las páginas autobiográficas de algunos ateneístas como José Vasconcelos, Genaro Fernández McGregor, Enrique González Martínez y Carlos González Peña, en las que abundan en esta vocación autorreflexiva propia de su generación. En todo caso, el hecho fundamental es la existencia de un discurso colectivo de asombrosa influencia en la cultura mexicana del siglo xx que convendría desmontar cuidadosa y pacientemente.

Para terminar, no debemos pasar por alto la misiva que Pedro Henríquez Ureña envió a Alfonso Reyes el 29 de octubre de 1913 como respuesta a la consulta que éste le había pedido a aquél con el propósito de escribir un articulito para la *Revista de América*, misiva que Álvaro Matute cataloga como una de las fuentes primarias de nuestro asunto, anterior a las páginas arriba citadas¹² en el árbol genealógico de los documentos. Y antes de terminar, una curiosidad más: el prólogo que el escritor peruano Francisco García Calderón redactó para el primer libro publicado por Alfonso Reyes, *Cuestiones estéticas*, y que desde entonces acompaña dichas páginas. Un testimonio del modo en que los ateneístas, desde una etapa muy temprana, practicaron la diplomacia literaria a través de la cual inducirían los tópicos de su mitología revolucionaria. ♦

¹¹ Álvaro Matute, *op. cit.*, p. 54.

¹² Alfonso Reyes/Pedro Henríquez Ureña, *Correspondencia*, pp. 220-231. Conviene consignar que Henríquez Ureña añadió algo más a este asunto en la misiva del 11 de noviembre de 1913. *Ibid.*, pp. 241 y 242.

⁹ José Rojas Garcidueñas, *El Ateneo de la Juventud y la Revolución*, p. 150.

¹⁰ *Vid supra*, nota 6.